

LA NOVELA DE CARLOS ESTEBAN DEIVE: TIEMPO Y LENGUAJE EN LAS DEVASTACIONES

Por Bruno Rosario Candelier

“Qué se hizo de los días felices? Laborioso sería rememorarlos ... O quizás los días felices son tonta quimera...” (Carlos Esteban Deive).

—|—

En el prólogo de *Las Devastaciones* (Santo Domingo, Ediciones Cochón Calvo y Cía, 1979, 317 pp.), su autor, Carlos Esteban Deive, hace una advertencia por cuanto aspira a novelar una materia histórica (el propio autor adelanta que no se trata de una novela histórica), y por consiguiente, precisa “dar rienda suelta a las locas, trashumantes y febriles fantasías” de su imaginación; y por eso se atreve a “trastornar fechas” “mudar escenarios”, y poner en el corazón de sus personajes sentimientos y actitudes que “quizás nunca tuvieron” (p. 7).

Las devastaciones no fueron sino un episodio triste de los tantos que han sacudido a “esta atormentada isla” (p. 228). Y es el pretexto para el novelista reconstruir unos hechos y novelar en torno a un momento y unas circunstancias de nuestro pasado. Las devastaciones, que la historiografía tradicional atribuye al Gobernador Antonio Osorio, y cuyo mentor principal fue Baltasar López de Castro, ocupan, en realidad, el telón de fondo de la sustancia narrativa de la obra de Deive. A partir del capítulo III se da cuenta del propósito: “La noticia se propagó por la ciudad como pólvora encendida. López de Castro cabildeaba en la Corte, a pendón herido, una cédula real que ordenase devastar las poblaciones de la banda norte para poner fin a los rescates” (p. 53). No es sino muchas páginas después cuando se vuelve a hacer mención de las mismas: “Los montes y los hatos cercanos a los puertos de la banda norte serán quemados hasta diez o

doce leguas y para que los navíos luteranos no puedan rescatar los cueros ocultos en esos lugares..." (p. 144). Como se sabe, esa "suerte" les tocó a los vecinos de Puerto Plata, Montecristi, Bayajá y la Yaguana, y a esos pueblos llegó la noticia de las devastaciones cuando López de Castro regresó "con las cédulas de las reducciones" (p. 151). En efecto, tales cédulas ordenaban el traslado de los moradores de esas comarcas a la cercanía de Santo Domingo. Y entonces así empieza lo interesante desde el punto de vista novelístico.

Carlos Esteban Deive recoge la versión, ya confirmada por la investigación histórica, del estado de miseria en que vivía la Isla antes de las despoblaciones, y la pone en boca de uno de sus personajes: "¡Por nuestros hados que, si no hubiéramos aprendido a descorar reses, el año entero pasaríamos con los brazos cruzados y puestos todos en quieta contemplación de nuestras miserias" (p. 221). Y surgen las posturas encontradas, diestramente manejadas por el narrador, ante las medidas propuestas para enfrentar al comercio libre, a los rescatadores, a las despoblaciones. Y aplicando la técnica de la anticipación al modo homérico, avanza lo de las devastaciones: "La noticia sobre las devastaciones había llegado también a La Yaguana" (p. 151);... si ese López de Castro triunfa en la Corte..." (p. 162); "... qué hará si López de Castro logra sus propósitos y el gobernador ordena las devastaciones" (p. 173); "... la mañana de agosto en que López de Castro arribó a Santo Domingo con las cédulas de las devastaciones..." (p. 179);... concluyó con la nueva de que Osorio, el gobernador, preparaba una expedición a la banda norte con el propósito de iniciar las despoblaciones..." (p. 266), y otras menciones similares.

En una hábil manera narrativa, el narrador, valiéndose siempre de otros, da cuenta de la oposición a las devastaciones, y de la inquietud que produjo en los vecinos de la Isla. En efecto, Santo Domingo se sumió "en la más sañuda de las expectativas" (p. 187), arreció el "clamor popular" (p. 188) y la ciudad se encontraba "sumamente preocupada" (p. 190).

Los efectos de las devastaciones no serían sólo la creación de Bayaguana y Monteplata (fundación de una fundición de cuatro pueblos), sino que desde que el mentor de las mismas cabildeaba en la Corte la ejecución de las devastaciones, la preocupación cundió por todas partes. El narrador, en una "visión" de los sucesos que originarían, refiere que sus ejecutores entrarían "a sangre y fuego en ellas" (las poblaciones), arreando "con ganados, hombres y mujeres dejando atrás los muertos, casas a medio reventar, caballos desbocados, esclavos huidos" (p. 234).

En el discurrir narrativo se da cuenta de los pasquines contra el arzobispo Dávila por su oposición a las reducciones de los pueblos “por estar conchabado con los rescatadores de cuyos tratos apechaba su buena parte a cambio de hacerse de la vista gorda en la cuestión de los diezmos... !”(p. 195). También de la actitud de fray Nicolás de Añasco, cuyas peripecias de aventureros se narran en el primer capítulo para dar la idea del temible personaje, que va “en visita de inspección por la banda norte”, donde el cambalache con los heréticos” consume hatos y deja los pastizales pelados de reses cimarronas”, temiéndose que los rescatadores hagan del país “un descomunal y siniestro matadero” (p. 13). Añasco se encargaría de repartir “excomuniones a troche y moche y decomisando cuanta biblia de Eduardo VI pudo meter en el macuto” (p. 45).

El estado de zozobra que había generado el proyecto de las devastaciones con sus implicaciones sociales y políticas, se manifiesta en esta escena:

“ ¡Perros! —maldijo Aguedo—. ¡Tránsfugas! ¿Sois españoles o flamencos?

— ¡Deseamos vivir aquí donde nacimos! —tronó Gazo—. ¡Y eso es lo que nos ofrece el holandés! —y dirigiéndose a Corrovel, callado tras mi intimidación, voceó: ¡Decidle a vuestro príncipe que estamos con él!

Clavó entonces Gazo en el suelo la lanza que portaba en señal de obediencia al que procuraba el nuevo señor y, de inmediato, otros lo imitaron” (pp. 218—219).

La rebelión hubo de estallar. Real o ficticia, no importa, ella entraña el rechazo del novelar —mejor, la condena del novelista— a la realidad que asume como materia de su obra. Vemos así en la oposición a las reducciones el escondido ovillo de las raíces que postulan el ahínco en lo propio. Montoro es el personaje que encarna esa rebelión contra las potencias imperiales (p. 220) y con la ayuda de los cimarrones (p. 293). Veamos este párrafo: “Los rebeldes, en un intento suicida, lograron romper el cerco por el lado más débil y se internaron entre la maleza. Los muertos yacían en posturas variadas y a veces grotescas. Osorio acudió al campo de batalla y los revisó uno a uno en busca de Montoro. Algunos tenían la cara desfigurada, pero Rebolledo, que conocía al mulato, no pudo localizarlo. “ ¡El hijodeputa se largó! , exclamó con desprecio el gobernador” (p. 314). El caudillo de los conjurados, al fracasar la conjura que capitaneaba, logró marcharse en uno de los navíos, donde “el almirante de

la armada flamenca ordenó llevar anclas y enderezar rumbo al Atlántico. Los criollos asilados en los navíos debían ser muchos a juzgar por el número de caballos sudados que había en la villa incendiada". Y el narrador concluye con estas palabras: "El patache de Montoro batió contra las olas y empezó a alejarse de la costa. Un olor a algas se posó en el velamen. Verdugo y víctima de sí mismo, el mulato se prometió que, tarde o temprano, volvería a la isla para redimirla de sus cenizas" (p. 317). La promesa del mulato rebelde encarna el ansia de libertad que los habitantes de esta isla llevan en su sangre desde antes de ser lo que la historia les ha deparado, reto y destino cuyo auténtico y cabal cumplimiento habrá de cristalizarse alguna vez. Estas y otras consideraciones se desprenden de la lectura de la importantísima novela escrita por Carlos Esteban Deive, como veremos en la segunda parte de esta serie.

— II —

Decíamos que la actitud de Montoro encarna el germen inicial de lo que posteriormente devendría en nacionalismo, motivación del ideario burgués en su etapa de consolidación. Pues bien, Carlos Esteban Deive ha querido buscar en *Las Devastaciones* las raíces del pueblo dominicano justamente en el momento en que nuestra historia inicia un nuevo rumbo. En efecto, esta novela entraña la búsqueda del origen del pueblo dominicano a partir del drama de las devastaciones de 1505—6. La novela *Las Devastaciones* escarba en las raíces recónditas y lejanas de la dominicanidad. Y nos parece que hizo bien porque tenemos que indagar nuestro pasado como pueblo a partir de ese fenómeno de los albores del siglo XVII, y remontarnos a ese acontecimiento de las despoblaciones para hallar la huella germinal de gran parte de nuestras características como pueblo, no tanto por las convulsiones sociales que ese "gran incendio", según la calificación de Pedro Mir, originó, sino porque ese estremecimiento colectivo produjo la primera rebeldía con aspiración de identidad y la primera acción que transformaría el discurrir social de los vividores de la Isla y Carlos Esteban Deive no hace sino calar hasta las raíces mismas de nuestro pasado colonial, donde se gestan nuestros aprestos culturales.

Con el dominio prósico que le caracteriza, Carlos Esteban Deive nos presenta en este pasaje dos *modus vivendi* de la época: "Los tiempos de medir tierras con lanzas, de cazar indios para ponerlos a catear minas y robar a ríos y cañadas su precioso caudal amarillo, de fatigar geografías, de ganar océanos, de auparse con señoríos y gobernaciones, han cedido el paso a otros más sosegados y humildes. Las ordalías de antaño son hogaño rescoldos que ninguna llama podrá

avivar, y aquellos porquerizos, presidiarios y andrajosos de toda laya —conquistadores de dorados, tihuantisuyos y floridas—, servidores febles y resignados a la espera de una paga en tanto languidcen en medio de legajos, memoriales y escribanías. ¡Tarde había llegado a la partija, cuando ya la piñata estaba vacía”! (p. 26).

Desde luego, la novela como factura real imaginaria presenta, como es natural, dada la época en que se ubica, a muchos que añoran su patria hispánica, a quienes echan de menos la aristocracia cortesana, “la vida muelle de las cortes refinadas donde caballeros y damas comen en mesas de manteles dorados, escuchan los arpegios de los clavicímbalos, y se amartelan entre templetos marmóreos, pabellones pastoriles y estanques cuajados de náyades” (p. 98). Pero, en contraste llamativo, se comienza a valorar positivamente las cosas de la Isla, como la descripción que se hace a Guimar con “el sabor de cañadulzar, el deslumbre del guacamayo, el olor tibio y dulce del bagazo” (p. 98).

De las cosas más interesantes están los frescos de la época, tan abundantes en esta novela. En el fragmento siguiente se aprecia una escena en la que se alude a los personajes relevantes —con el reflejo de su alta prosopía— en la que el lector puede visualizar, guiado por la maestría narrativa de nuestro autor, la atmósfera epocal de la Colonia en sus mejores tiempos:

“Al otro día de la procesión volví a verla en el atrio de la catedral, muy solícita al diálogo de uno los coloquios que Llerena componía para la ocasión. Acerquéme a ella cuanto pude y, en el entre-acto, le deslicé en la mano un papel que apretó ruborizada, al tanto de mis reverencias y de las zalemas que a cada rato, cuando ladeaba la cabeza para decir algo a su madre, le prodigaba. Llamándose Sabina de Sandoval, y era hija de Pedro de Sandoval, veedor de la Real Audiencia, y de Catalina Fernández. Su hermano Juan había casado recientemente con Catalina Burguillos, joven de alta prosapia por ser nieta del cronista Fernández de Oviedo y del Adelantado Rodrigo de Bastidas. Una prima suya, Ana, vendría a parar, con el tiempo, en rescatadora, y fue de las procesadas por el oidor Simón de Meneses. Con el alma en vilo percibí que Sabina ocultaba el papel en una de las mangas del vestido. Contenía una declaración de amor apasionada, desbordante, suplicatoria, y los versos que la cerraban eran tan igualmente vehementes que hubieran hecho caer rendida a mis pies, según yo me ufanaba, a la famosa sulamita del cántico” (p: 127).

En ese, como en otros cuadros que parecen salidos de la pluma de un Mesoneró Romanos superado está la presencia del alma ibérica en

las Antillas, y es lo que llega a hacer decir a uno de los personajes de la obra que “estas tierras son, pésele a quien le pese, españolas” (p. 205), a pesar de que se aprecia a lo largo del texto, como hemos señalado, y, aunque oblicuamente trazado, el discurrir de una actitud que perfila el origen y el destino de lo que hasta ahora ha sido nuestro pueblo mulato de aliento español y africano.

Con ese propósito, la novela de Deive comporta un rastreo de la cultura de la Isla en variadas manifestaciones, lo que revela que fue fruto de una larga investigación socio-cultural. Podemos, pues, hacer algunas calas viendo el texto como documento, revelador de datos valiosísimos. Es decir, en esta novela, en la que los elementos de la realidad real se alternan con los de la invención imaginaria, hay toda una malla de referencias socioculturales de la época en que se inscribe. Desfilan por sus páginas datos que se corresponden con la tradición cultural española y la africana.

Veamos algunos rastros del mundo cultural negro. Apreciamos, en primer lugar, sus justificadas rebeldías. Hay un atisbo de la lucha de clases en su expresión racial de blancos contra negros, y el aplastado orgullo de quienes a pesar de las ominosas condiciones de existencia, y subsistencia, impuestas por el amo, les hace pensar que estas comarcas son “de morenez, de mulatería, de bulla y bachata, y aunque el blanco se apegue a ellas como el cangrejo a su caparazón, día llegará en que el tambor del negro, ahora sumiso o, a lo más festivo, mudará de ritmo y tocará llamando a combate” (p. 25). Recordemos que entonces el sistema social imperante era esclavista, dominado, como ha enseñado Juan Bosch, por una oligarquía patriarcal esclavista, que se acentuó después de las devastaciones de 1605—6. “¿Para qué están las esclavas?” (P. 161); tal la protesta de Azucena, hija de una de las prestantes familias, al tener que realizar los oficios de la casa, quien además, teme “envejecer entre gente zafia y vulgar, entre reses y negros” (p. 162). Ese trasfondo esclavista con su actitud antinegrista ocurre precisamente en tiempos en que la trata negrera se hallaba en su apogeo con sus Kunta Kinte por doquier, cuando “aquí cambalacheamos cueros, azúcar, cañafístola, gengibre, sasafrás, y zarzaparrilla por esclavos, telas, sebos y otras mercaderías necesarias para el diario sustento” (p. 47).

Era natural, entonces, que surgiera, como una forma de lucha, y como una forma de expresión, el cimarronaje (ver p. 167), en la triple vertiente que le asigna René Depestre al analizar esta manifestación socio-cultural de la negritud, como una vía de escape a la explotación de sus vidas, y como consuelo y evasión que dispensaba la

compensación mágico-religiosa de sus ritos y su mitología ancestral, como veremos en la tercera parte de este trabajo.

— III —

La fuerza de la cultura negra permanece inalterable entre los herederos del aliento del tam—tam, como se puede apreciar en diversos pasajes del orillar narrativo de *Las Devastaciones*. Al lamentar que el Dios de los blancos no escucha sus plegarias cuando permite que le saquen “a vergajazos de su bohío, lo traben con cadenas, lo enchi-queran en sentinas nauseabundas y lo vendan luego en comarcas remotas”, el negro acude, no al dios blanco, sino a su *nganga* y clama “Malembe, lembe, malembe ya”, y su corazón rebelde, “espacioso y libre como un maniel, se inflama ante esa evocación que brota como un murmurio de sus gruesos labios tumefactos”. Y sigue el narrador: “Ha cortado las amarras del espíritu y los dioses tutelares, el grande y temido Nzambi, los dioses todos de la Madre Africa, de la sagrada, inocente Wanantú: Obón Tacho y Yinikó, la paluchera Yemanyá, el *afá ran gue Ochún*, Damballah la astuta, Eferiepá, resucitan y bailotean, lo arropan y agradecen ese bisbiseo que se empina convirtiéndose en trino, gorjeo secreto, chisporroteante...” (p. 19), y sigue el conjuro que solivianta a los negros, les da valor al sentirse poseídos de las potencias cósmicas, de los dioses ancestrales agisimbios “en cuyo nombre concitan sus poderes”. Esta relación se complementa con otras del folklore afroantillano, cantera que conoce Carlos Esteban Deive y que sabe engarzar oportunamente en esta historia novelada de *Las Devastaciones*.

Presenta también una de sus ceremonias que comienza con el sonar de los tambores, de sonajas y morteros. Levantan los brazos como alas de cuervos, y según la descripción, y atravesando la algarabía, una mujer tocada con un pañuelo rojo se planta con aire enfadado en medio de la concurrencia. Tiene en sus manos un palo con el que escarba la tierra y traza un dibujo sibilítico. De uno de los bohíos salen varias jóvenes vestidas de blanco y avanzan al compás de los tambores y arrojan frente al dibujo raíces, yerbas y frutos: “Cuatro negros colocan en el centro del corro una jaula con una culebra dentro. La presencia del animal provoca gritos estridentes, exclamaciones y loas: Wedo toka mizarzé, /da, oda, / oda kosikosa, /oda ayike, siuka, /oda awedo nemé... Los tambores redoblan su batido y la mujer del pañuelo rojo comienza a girar sobre sí misma, se tambalea, amaga unos pasos de baile, pone los ojos en blanco, rígidos, y cae el suelo en medio de feroces convulsiones. El canto entonces se acelera: *Oda misu wedo, Damballah Wedo, tegi neg akasiel, Damballah Wedo...* La mujer serpentea por entre la multitud. De su boca se

escapa un silbido prolongado que atemoriza a los niños. El corro se aprieta en torno a ella, y modula un iaaa—ooda! que asciende vertical hasta disolverse en el cielo. De súbito, una de las jóvenes trepa por la pira ardiente, danza sobre los carbones y se revuelca en ellos mientras los negros enajenados, palmotean y arrecian en sus invocaciones...” (pp. 176—77).

Y junto a la cultura afroantillana convive, con más peso y presencia por razones de dominación, la herencia cultural española. En efecto, abundan las referencias culturales, desde la simple mención a la “honra hispánica”, hasta los relatos ubicados en el corazón del país ibérico. Y por supuesto, estará presente también, como contrapartida al mundo mágico de los negros y como parte de una realidad constatable, una serie de rasgos que comprenden datos curiosos, como la mención de armas antiguas (p. 256), alusiones culinarias diversas (p. 302), curiosidades religiosas (p. 256), extravagancias sexuales (p. 304), y desde luego, pactos diabólicos, magias y hechicerías. Así se narra el pacto que la nombrada María llevó a cabo con Lucifer, en cuyo poder invoca las huestes infernales para su protección (ver p. 65). En el capítulo X se relata el poder de algunas hechiceras, como el de “las tres cuñadas de Montoro, el caudillo rebelde, las cuales pasaban por ser las brujas más expertas de toda la banda norte y dueñas de poderes como los de volver invisibles las ciudades, interpretar, por el olor que despiden, el lenguaje de los mudos/ volar sin escoba/ guisar a distancia/ juntar negros cimarrones sin que se den cuenta/ hacer que los huevos salgan de color negro/ obligar a una persona a orinar sin tener ganas/ domesticar jejenes/ provocar tormentas en alta mar/ hallar objetos perdidos/ caminar bajo la lluvia sin mojarse/ doblar barras de hierro con el aliento/ (...) y otras muchas cosas más (pp. 257—8). Y se da cuenta también de conjuros mágicos (p. 276), típico de una sociedad tradicional como correspondía al tiempo de la narración; se hacen referencias cabalísticas (pp. 265, 267), como era usual en esa época dominada por actitudes precientíficas, o se incluyen ensalmos y conjuros mágico—religiosos (pp. 297—7), restos de una tradición de ascendencia medieval que aún hoy conservan muchos de nuestros campesinos.

Todas esas referencias aparecen alternadas, de un modo disperso en el texto, a ocupaciones clericales diversas (pp. 27, 163), a la relación de afrodisíacos naturales (p. 71). Y se da cuenta también de cómo vivían los potentados y los pobres. Como siempre, las leyes “no afectaban a los ricos” (p. 66); las “personas principales e hombres ricos” de que hablaba Oviedo, vivían “apoltronados en Santo Domingo” (p. 160), y como ha ocurrido siempre, entonces como

hoy, ciertos cargos oficiales “escoltan prebendas y empinan franquicias” (p. 125).

Desde luego, los aspectos socio-culturales registrables en *Las Devastaciones* son variados y múltiples, y tienen la particularidad de estar presentados desde la óptica de la época. Ciertamente nuestras raíces culturales arrancan de la Colonia, y tenemos que remontarnos a ese período de nuestra historia para conocer nuestra idiosincrasia, nuestra fisonomía como pueblo, nuestro talento cultural. Y eso es lo que hace Carlos Esteban Deive al escudriñar nuestro haber cultural en los albores del siglo 17. Fue precisamente en el período colonial cuando los llamados valores de Occidente (la cultura grecolatina y cristiana) se enraizaron entre nosotros y fundamentaron una tradición que se aclimató con el correr de los años, como se aclimataría cualquier modo de pensar y de actuar, aún de signo contrario, porque la cultura, hasta la creada por sus propios usufructuarios, no se somete al dominio privado ni conoce fronteras, sino que se integra al patrimonio universal. Pues bien, toda una visión de la vida y el mundo se palpa en esta novela que aprovecha lo antropológico en sus expresiones simples y complejas, desde la apreciación del amor por parte del cura (p. 277), hasta la llegada del navío, motivo de una fiesta (p. 182); desde el acto de “ofender a una virgen” (p. 136), hasta la idea de la libertad (p. 219); desde la intromisión en la vida sexual privada (p. 299), con sus “hidalgos de bragueta” (p. 300), hasta lo que califica como “el vicio de los ancianos” (p. 169).

Llama la atención, asimismo, las diversas reflexiones que aquí y allá aparecen en la novela de Deive. Ya sea con relación al poder (“Sí, lo recuerdas muy bien (gobernador), porque por primera vez gustaste de las mieles de la vanidad y el halago y supieste que el poder embriaga”, p. 229); al trabajo bien hecho (“las cosas... hay que hacerlas bien, y para hacerlas bien necesítase ingenio y tiempo”, p. 152); la ilusión del vivir (“La misma vida, sin embargo, ¿no requiere por momentos esa rara obsesión de los sueños?”, p. 165) o los efectos positivos del exilio (“Asegúrase, Su Señoría, que el exilio aguza el ingenio y temple el ánimo para mayores empresas”, p. 140), y otras más canalizadas a través de los personajes que van narrando los hechos y las peripecias desde su particular punto de vista, como daremos cuenta, a continuación.

— IV —

El aspecto más llamativo de *Las Devastaciones* de Carlos Esteban Deive es el uso del lenguaje. Tanto como impulso temático como vía para conocer un pasado ligado al acontecer hispánico en Santo Do-

mingo, las devastaciones fueron un pretexto para elaborar una novela, para adecuar tiempo y lenguaje a un momento de nuestra historia.

El texto está repleto de voces raras, términos arcaicos, latinajos y restos de expresiones antiguas. Hay enunciados que recuerdan, por el léxico empleado, los textos de la época: “El capitán Don Diego Osorio, que había salido en una fragata a cumplir el mandato del Presidente, tornó diciendo que por su número, hechura, velas y armazón grande de artillería, las naos pertenecían, sin duda, a una armada inglesa, no a la española que desde hacía días se esperaba. Ante el inminente peligro, Ovalle hizo tocar caja y hubo gran repiquete de campanas y alboroto de la gente, toda ella desusada en cosas de guerra, despachando luego guarda a la playa de Güibia, a un cuarto de legua de la ciudad...” (p. 129).

Esta novela tiene la novedad (en realidad de palabra *novela* indica la novedad de algo, “noticia nueva” según el original ‘novella’) de acudir a un lenguaje que conserva, como añejado licor, una rara fragancia para deleite de los que han bebido en la fuente de la lengua hispana; tesoro inveterado de largas centurias del decir en sus formas depuradas. Y lo que deviene dificultad para el lector común (esta novela está escrita para un público limitado debido a la complejidad de su léxico) es acierto de elaboración de un texto escrito con el léxico propio de una etapa de la evolución de la lengua y de un nivel socio—lingüístico determinado, y además mantiene esas características a lo largo y lo ancho de la obra, y en consecuencia, el tono y el espíritu del estado de la lengua elegido.

En la lengua comprobamos diferencias regionales (diatópicas), diferencias de niveles (diastráticas) y diferencias de expresión (diafásicas). Es decir, en un “estado de lengua” aparecen, además de los tipos de lengua, variantes, niveles y estilos de lengua diferentes, vale decir, una variedad de modos lingüísticos configurados por el espacio, los estratos socioculturales y las variadas formas expresivas que producen los hablantes. Esos determinados modos de elocución (“dialectos”) se observan en las zonas diferentes que comportan diferentes formas de decir; en los estratos socio-culturales con sus correspondientes peculiaridades comunicativas, peculiaridades determinadas más bien por las diferencias léxicas; y en las diferentes formas de expresión con sus variados tipos de modalidad expresiva. Todas esas diferencias se dan en un momento determinado (sincronía) de la evolución de la lengua (diacronía), y cada etapa sincrónica en que se puede dividir la historia de una lengua registra modalidades diferentes en sus diversos planos. La novela que estamos estudiando, *Las Devastaciones*, recoge los matices idiomáticos de una de esas etapas de la

lengua, y sus diferencias con respecto al momento actual del discurrir idiomático podrían resultar extrañas a quienes ignoren que la lengua no se comporta de la misma manera en el tiempo y en el espacio y en los estratos socio-culturales. Como *Las Devastaciones* se ubica en un espacio y en un tiempo determinados de la historia de la lengua y del país, al escribirla como la escribió, su autor demostró que conoce ese comportamiento de la lengua, y sabe, además, cuáles son las peculiaridades de ese comportamiento para un nivel de los hablantes en los albores del siglo XVII en el Santo Domingo colonial, dado el registro particular que se distingue en la novela de Deive. Desde luego, la construcción sintáctica se corresponde con el lenguaje culto del hablante moderno.

Encontramos, en efecto, frases y palabras a la antigua usanza: a) por sus implicaciones socio-políticas (“Hemos puesto vida y hacienda al servicio de Su Majestad”, p. 115); b) por sus referencias consuetudinarias (“Las tabernas, por mucho tiempo huérfanas de vino, tornaron a ser bufoneras de reyertas en las que menudeaban mandobles y puñaladas traperas por un quítame allá esas pajas”, p. 185); c) por su remembranza de la *honra hispánica* (“La palabra de honor que sin pensarlo bien se empeña os desmerece si con ella, en lugar de dar malón al enemigo, lo encumbra y ensoberbece”, p. 207).

La incorporación de hermosas voces arcaicas escuchadas aún en *tierra adentro* del Cibao: “viejo *tunante*” (p. 12), “le *enculilla*” (p. 20), “un *acumulo*” (p. 46), “pobres de *solemnidad*” (p. 61), “en la *inopia*” (p. 81), “con la *pecunia*” (p. 106); “horas de *angurria*” (p. 128), “un *recaudo*” (p. 207), “nos quiere *fuñir*” (p. 219), “esos *bellacos*” (p. 221), y muchas más. Asimismo, expresiones de viejo cuño que pude escuchar en Castilla: “Quién se lo pide, *meca-chiendiez*” (p. 10); “y *pardiez* que lo hubiera hecho” (p. 45); “propalábanse tórpes *cotilleos*” (p. 56); “son más *bragados*” (p. 90); “*mal rayo las parta*” (p. 153); “el rostro de *la grija*” (p. 254); “la mirada *del chorlito*” (p. 291) y otras.

Igualmente términos propios de un registro culto: “Metí yo *baza* en la conversación” (p. 47); “pretendientes sospechosos de heterodoxia sexual y *celestinas*” (p. 57); “la frente *perlada* de sudor” (p. 59); “terció en la *liza*” (p. 77); “para *incordiar*” (p. 218) y muchas más.

En sintonía con el nivel de lengua empleado en esta narración y, sobre todo, con la variante dialectal epocal registrada en la misma, aparecen voces que hoy nos parecen cultas, y aunque tienen filiación cultista, eran comunes entre los hablantes de la época: “Cosa inútil

por cuanto el *mercar* y *cambalachear*" (p. 91); "la lógica de *vuesa merced*" (p. 240); evitar preñeces embarazosas durante *prohibidos ayuntamientos*" (p. 304); "abrir *cinturones de castidad*" (p. 304), y así por el estilo.

Todos esos modos de decir le dan a *Las Devastaciones* de Deive una especificidad expresiva que se traduce en la presencia de un estilo modulante de la reconstrucción histórica. La gracia estilística de unos términos con cierto sabor arcaizante, con el lustre prósico de los clásicos españoles, tiene la virtud de reflejar el tono de la época, tal como convenía, según nos parece, a una novela de evocación histórica en la que tiempo y lenguaje hallan, por la magia verbalizante del narrador, su concierto pertinente. La prosa caracterizante de *Las Devastaciones* es su impronta epocal, sugestiva, implicativa, afín al momento histórico-cultural que la atraviesa. En síntesis, la prosa tiene la particularidad de conservar cierta estructura arcaizante para algunos pasajes —relación de cartas, algunos diálogos— y la modernizante para la narración. El hecho de que se empleen ciertos términos con sus antiguos valores léxicos y semánticos, y se incluyan lexías en gerundio, latinismos, refranes de la tradición hispánica, verbos con enclíticos, paréntesis formados con participios pasados, y frases hechas a pesar de la actualidad de su sintaxis —pues la obra está escrita en la actual lengua general culta— le confiere al texto un agradable matiz arcaizante.

— V —

Desde luego, una novela como la de Deive, ubicada en uno de los dominios de España en América durante el período colonial de los albores del siglo XVII, era natural y lógico que cierto olor a conventos y sacristías se instaurase en el dominio narrativo, debido al hecho de la presencia dominante del poder de la clerecía en ese entonces, presencia que se puede apreciar en el párrafo siguiente: "¿Cómo podía, *optime pater*, argumentar de esa guisa, si durante los breves, fugaces segundos en que hubo de enfrentar, tembloroso y encogido de miedo, la cólera de su Creador, atinó incluso a percibir los centelleantes reflejos de Sus ojos, así como las plateadas hilachas de su augusta barba fluvial? ¿Cuál de las dos vidas es más grata a Aquel que Es: la que había llevado, hecha de mínimas mortificaciones insuficientes para mitigar los huelgos de los sentidos, vida de campanario y sobrepelliz, de responsos y confesionario, de maitines y gaudeamus, repetidos mecánicamente, o la que, a sabiendas de los peligros que le esperaban, había determinado estrenar a mayor gloria de la catolicidad? Arrodillóse ante el prior, besó su mano y, tras recorrer con la mirada los claustros del convento, abandonó éste

cuando el sol se disponía a calentar los cuchillares de las sierras distantes” (p. 15).

Como se ve, la cita precedente está tomada de la primera parte de la obra, y, como esa, podrían presentarse otras tantas, como esta tomada de la mitad del texto y en la que se observan las mismas características apuntadas: “Las nuevas andanzas del doctor Soto motivarían, a su vez, que el arzobispo recusara al Presidente, amenazándolo con la excomunión, si no despedía al cripto judío que, tras la máscara de un cristianismo formulista, diera esquinazo a su promesa de enmienda para reincidir en ciertas ostentaciones propias de los marranos, como ayunar el ayuno de la reina Esther, rezar los salmos de David sin el *gloria patri* y ponerse ropas mejoradas los sábados en homenaje a ese día de la semana. La desilusión del ilustre varón ante el falso converso había sido de tal magnitud que, movido por su celo apostólico, debió convocar a la lectura del Edicto de Anatema, acto que se celebró en la catedral con la mayor pompa tras la procesión de rigor con cruces cubiertas de luto y velones encendidos, según prescribe la Instrucción para los Comisarios del Santo Oficio. Allí, en medio de los fieles que abarrotaban las naves del templo, el deán Añasco —felizmente posesionado de su ministerio— había apagado las flamas de los candelabros en el acetro de agua bendita, diciendo a continuación: —Así como mueren esos cirios y candelas, mueran las ánimas de los rebeldes y contumaces y sean sepultados en los infiernos” (p. 181).

Pues bien, en esos fragmentos, así como en numerosos pasajes del texto, se acude, como era usual en la época, a frases latinas que naturalmente complejifican la lectura. Recuérdese que aún se escribían muchos libros en latín, y el conocimiento de la lengua de Horacio y de Cicerón, era, para entonces, signo de cultura, y tanto en la conversación, como en las obras escritas en las restantes lenguas culturales, era frecuente adornar lo que se decía o se escribía con citas en la lengua del Lacio, como lo hace el autor de *Las Devastaciones*, con lo que, una vez más, se adapta al momento histórico de la misma.

Correlativamente, hallamos también símiles de sabor bíblico, comparaciones *ad usum temporis*, y muy abundantes y acertadas imágenes naturalistas, afín al ambiente epocal. Se evoca el paisaje agresta en “rememorada visión de vergeles montaraces” (p. 11), y a tono con las imágenes que dominan el texto, muchas de las cuales van asociada al placer del sexo: “Sus senos son como dos odres hinchados de vino”, p. 35; “los pechos como guayabas en agraz”, p. 39; “duró hasta quebrar la albada”, p. 42; “esa melifluidéz de gallina

clueca”, p. 48; “su boca menuda, esos pliegues de terciopelo”, p. 97; “senos como dos cabritillos triscantes”, p. 126; “domestiqué sus cabritillos exultantes”, p. 127.

Hay que tomar en cuenta también, al analizar *Las Devastaciones*, los pasajes que manifiestan, no sólo la tamaña labor de investigación que soporta la ficción, sino la capacidad de imaginación o de fabulación de Deive. Como en las obras de la época, y en la realidad vivencial también, se presentan curiosidades como las de las págs. 108, 257, 262, 287 y 304. Veamos esta de la pág. 40: “Mientras medito sobre Cataño y sus felonías, me topo con un ladino de Cumaná que vende ungüentos contra las pesadillas/agrifolios confitados para enamorar/ espuelas de fortuna/ agua de soñar/lectuarios que cosen virginidades rotas/máquinas voladoras/espejos de atrapar ladrones/higas para el mal de ojo/polvos de la madre Celestina/grimorios cabalísticos/etc”.

La aludida “nobleza de letras” (p. 302) se hace presente a través de múltiples menciones, ya relativas a la cultura griega (“el coro de lloronas, euménides dignas del trágico Sófocles”, p. 49); en alusiones a los escritores de la Colonia (Llerena, p. 48; Leonor de Ovando, p. 56; Bejarano, p. 84); o bien con referencias que implican a la literatura española de la época (pp. 40, 112, 209). Esta última comenta una cita latina del cura, señalando que podría pensarse que “el párroco ha leído más libros de caballerías que breviarios”. En otra parte dice que alguien “entona una endecha” (p. 111), pero no la cita. Igualmente habla de que se cuentan historias de magias, viajes y aventuras sin mencionarse, aunque más adelante relata la exorbitante historia contada por el padre Méndez (pp. 112ss.). Desde luego, la obra es un testimonio elocuente de la capacidad de fabulación del autor, en un texto que por imperio de la materia narrativa debía someterse al dictado de la historia.

Todos esos aspectos le dan vida al texto, a pesar del nivel de lengua, y su estilo y su variante. Es preciso reconocer el esfuerzo del narrador para dinamizar la narración. A pesar de las abundantes frases trimembres, a pesar de las oraciones largas en párrafos largos, a pesar del registro idiomático que le caracteriza, los pasajes revelan un apreciable dinamismo verbal que vigoriza la narración. Veamos este último ejemplo a modo de ilustración: “Ganadas por la música, las negras, descalzas de pierna y pie, saltan hacia delante, evitan el cerco masculino, tiemblan, doblan la cintura, huyen y, atraídas por el *tam-tam* del *bambulá*, tornan al círculo. Sin darse cuenta, el alférez, en un principio impertérrito, comienza a imitar a los espectadores que hacen rueda, baten palmas, jalean, saludan, insultan a los

bailarines derrumbados por la fatiga. La cumbancha sube de tono, se encabrita, ruge. El canto, de vibrantes sonoridades, confúndese con los tambores, rueda por el terral y asciende en serpentinas para fundirse, bronco estallido, con el inmenso jadeo del cielo. Una lucha porfiada se entabla entre las hembras —altivas, casquivanas, de ojos turbios y aprisionados en esa marejada pasional— y los machos azuzados por el extravío del sexo insinuante. Ese rozar de músculos, esos golpes de viento bajo el cual se hinchan y crecen los mandragulones, esos pechos que se estremecen como frutas batidas por el viento, esas sombras ocultas y sudorosas, ácidas y trémulas, ardientes y golosas, arrebatan los sentidos del oficial” (p. 24).

En procura de ese dinamismo, y de esa variación, en cada capítulo intervienen como narradores los ejecutantes de la historia. Y se ven, por lo mismo, las diferentes actitudes y expectativas que había generado entre los habitantes de la Isla el drama de las devastaciones que sirvió para que un escritor nuestro, Carlos Esteban Deive, lo reconstruyera con esa vocación de novelista que se anida en su pluma, y nos diera, además, una visión, una reconfortante visión, desde la óptica narrativa de la literatura, del acontecimiento que de alguna manera nos marcó como pueblo en nuestro accidental proceso de autoafirmación y rescate.

Moca, Junio de 1980

